LA PESTAÑA BLANCA

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos Rugeles

2025

DEDICADA A INÈS Y A JAIME, PADRES ADOPTIVOS: SABIOS, GENEROSOS, AMOROSOS.

Al maestro Armando quien me ayudó aquel día triste.

A Claudia que me regalo la pantalla gigante para mi ceguera.

A Gerson que me regaló el computador porque le dije que era feliz en una época en que tuve uno igual. Es un PC que solo tiene lo que necesito.

La Mar estaba unos metros detrás del muro que rodeaba la casa. Las olas pasaban por encima de los viejos Arrecifes. Parecían pecas sobre la arena blanca. Las olas iban y venían sobre la Mar que pasaba del verde al azul. Raúl Ernesto amaba su sonido, su olor, el color blanco de sus arenas y el golpe del agua en ellas. Y en la playa un hombre que tenía en sus brazos un pequeño perro negro con manchas blancas en las manos y cantaba: << ¡Pirulito, Pirulito, Pirulín... con una única camisita y un único pantaloncito!>> Luego el hombre se levantó y fue con el Perro a que las olas lo movieran un rato. Entonces Raúl Ernesto se dio cuenta de la vida. Dejó de preocuparse por el Ave que se comía su arroz. O por los temblores que tumban algunas tejas. Solo veía algunas hojas que quedaban de esos libros que esa mujer arrojó a la Mar. Y al dueño que lo tomó con calma.

Ya la Mar había saludado a Raúl Ernesto en la tarde. Así como el Ajenjo que neutraliza hongos venenosos, un habitante de la Mar había quemado su pierna izquierda para que dejara su ilusión loca con ella, dejándole en la extremidad, la silueta de una Medusa que parecía una casa. Una bolsa transparente llena de químicos tan mortales

que curan los delirios de vivir, como hacen los cuidadores de los discapacitados soñolientos e inválidos del norte de la Isla. Un llamado de la Mar que hace que los hombres bañados y afeitado y con crema bajo las axilas recuerden que van a vivir poco. Y que no tienen tanto tiempo si se van a dedicar a escribir como Fritz Wolfe.

La Casa que tenía Raúl Ernesto era de dos pisos alumbrada con algunos bombillos de luz amarilla – así él creía que no le dolían tanto los ojos –, era una edificación de piedra coralina con unas escaleras de madera en forma de espiral y unas grandes camas de sábanas blancas que recibían la brisa fría artificial en las tardes. En ellas el sueño que produce la Mar después del baño y algo de chapaleo para demostrar que se sabía nadar, se incrementaba lentamente en Raúl Ernesto, hasta la caída de las lluvias que dejaban las calles inundadas y marcaban el fin de la mañana.

En la Mar de algunas Islas cercanas al final del día, las Lanchas se golpeaban entre sí por olas parecidas a montículos de tierra, mientras los guías nativos les subían gente sobre el casco con afán de regresar a la Isla de San Andrés. Luego

volvían las lanchas a llevar más aglomerado. Hasta los hombres celosos con sus mujeres embarazadas.

Los visitantes de esas Islas que los habían convencido de pagar su embarque en el muelle que no usaban, gente ya llena con Pescado de Rio medio frito acompañado con frutos del Árbol del Pan, sin teléfonos secos dentro de bolsas impermeables que vendían los nativos por haberse sumergido a ver los peces que atrajo la Avena y el Pan Tajado salado y una que otra roncha en las piernas por las moscas amantes de la sangre, se apresuraban a saltar a los brazos de dos fuertes Lancheros encargados de embarcarlas con un increíble abrazo de emigrante. Tenían que asegurarse que no se quedara nadie por allá.

– ¡El que tiene para el Wiskey tiene para el hielo! – dijo Tony el Lanchero 1 que miraba en tierra y lavaba lentamente el arroz que esperaba entrar en el caldero donde se fritaría por el calor de la leña el Cangrejo, la cebolla y el ajo – ¡Alcánceme la cuchara de palo y la salsa picante! Dejemos que la bebida traicione la mente.

– ¡No todos tienen para mezclar el Brandy con la Leche! ¡O comprar de ese Wiskey barato en la miscelánea cerca de los Bancos! Allá donde usted va a comprar el Isleño para enterarse de las noticias – dijo Derek el Lanchero 2 que no miraba y alistaba los 3 cocos, los 10 pescados de mar del día que habían estado en la sombra, algo de cola de cerdo que había llegado en barco desde el Continente, el Caracol, la yuca rosada, el ñame y los 6 plátanos verdes – ¡Este Rondón va a quedar sabroso! Una comida para un verdadero macho. Lo que le falta al edificio del Banco del País que construyeron con vigas de acero. Ya perdió la batalla con la sal. Las rayas del tigre están muy carcomidas.
– ¿Usted es Raizal? ¿Habla el Inglés Caribeño? ¿El Creole? ¿Lo dejan ir al Black Crab Festival? Practica la brujería o usted es rezandero? – dijo el Lanchero 1 antes del paso de un Avión supersónico de USA que buscaba a un tirano que era un hombre que tuvo antecedentes de esclavitud.
– ¡Yo soy descendiente de esclavas Africanas y tal vez Chinas que usaban ropa con muchos rotos y colonos

Holandeses o creo que Ingleses con malos hábitos sexuales en las tardes! Y todos los días camino con la cabeza en alto por Jhon Well y Tom Hooker. Al ser de signo Leo hasta el de abajo me tiene miedo.

- Lo que sí creo es que usted es un borracho. No deja de tomar el Bushi Rum. Luego llega a la casa y encuentra a su mujer tomando Sorrel Watta con Fritz Wolfe. El famoso Biólogo. Y se une a saborear el etílico - dijo el Lanchero 2 veterano de guerra de fácil identificación por sus tres estrellas en la boina tratando de ubicar al Avión - ¡Déjate ver canalla Barón Rojizo que aquí tengo una Ametralladora que te hará huir!
- ¿Tenemos un arma? ¿De repetición? - dijo el Lanchero 1 abriendo los ojos y colocando su boca como si fuera a silbar y sus manos se escondieron en su pantalón volviéndose muy parecido a las Boas de la Isla. También empezaba a sentir un Mico en su cuello. Apretándolo con determinación.
- Recuerdos que uno se trae para matar peces y proteger algunas Tortugas - dijo el Lanchero 2 - Yo cuidare de usted

siempre. Haré su comida. Y la de Raúl que cuando no lo hace se le cae el pelo. También soy hábil con el Machete matando ratas. Soy el propietario del único bote - Bar con techo de Palma que es cinco veces más barato que una tienda de barrio.

- ¿Entonces usted es de los que salen por la puerta grande? - dijo el Lanchero 1 - Usted y su camiseta de Bob Marley y su Aceite de Oliva sin colorante amarillo.
- Siempre he salido por el garaje y he estado en fiestas en la que no conozco a nadie - dijo el Lanchero 2 - La gente que viene a la Isla solo conoce a Bob de Jamaica. Se ponen sus camisas coloridas. Siempre son como el muchacho que se pierde por direcciones con los almuerzos colgando de su motocicleta.
- Mientras usted habla de todo eso siguen los bloqueos con las canecas de la basura en las vías de la Isla - dijo Lanchero 1 saboreando algo del Johnny Walker -.
- ¿Por el allanamiento de los Policías donde pusieron los Gallos de Pelea todos juntos en una jaula? - dijo Lanchero 2.
- Sí. Eran de gente inocente - dijo el Lanchero 1 - Dicen que encontraron al

"Duende Marino" y ese hombre pez les concedió todos esos lujos. Que esos policías son unos "Gualdrapas" disfrazados. ¡Duendes traviesos!

- Lo que si deben hacer los Policías es ir al "Árbol Sagrado" para recibir sanación espiritual por lo que le hicieron a los Gallos - dijo Lanchero 2 - Seguramente entre ellos está "Ezequiel Torres". Ese demonio no nos deja tranquilos. Se amangualó con el "Hombre Cangrejo". Hasta Fritz Wolfe y Raúl Ernesto salieron arañados la espalda.

Frente al muro que dejaba ver algunas varillas de su esqueleto de hierro y estaba lleno de orina de borrachos, en unas argollas que atravesaban unos troncos enterrados en la arena - de esos que a veces llegan flotando y no van a parar al Magic Garden o a algún fogón -, los Pescadores que llevaban en sus cuellos un collar con un Diente de Cocodrilo y algo de Coral Negro que les vendió el Cartagenero del Acuario, amarraban sus Lanchas y apilaban sus aparejos y baldes y sus costales (siempre son importantes los costales). Algunos de ellos le gritaban a Raúl Ernesto: << ¡La Pesca del Día! ¡Pargos y Mojarras! ¡Se comen

con la Sopa de Caracol guisado! ¡La próxima vez puede venir y traer su equipo para zambullirse! >> Y cuando bajaba Raúl Ernesto que había sido buzo de aguas muy azules cuando su nombre y su presencia aparecían en su negocio, les daba unos Tabacos, algo de licor y les compraba pescado. Todo esto pasaba con los Pescadores cuando se hacían lejos de las Algas mal olientes y llenas de mosquitos que habían quedado en la playa. Eso no le gustaba mucho a Raúl Ernesto que era dulce para las picaduras.

Luego en la ladera con arena Coralina y lajas cerca de la casa donde Raúl Ernesto se la pasaba arrojando semillas, seguían unos árboles de Yaca mezclados con los Mangos, el Árbol del Pan, unos Almendros que usó Raúl para sus ventanas, un Longuián donde reposan las Iguanas que defecan sobre los turistas que disgustan a Raúl Ernesto y algunas Palmas Cola de Zorro que protegían una escalera de madera que bajaba hasta la casa. Una madera inmune a la Polilla y a la Sal. ¡Una casa que Raúl Ernesto podía usar muchos años y en donde podía dormir encima de una estera o una colchoneta!

Trepados en los árboles, algunos niños que los habían mandado a caminar para coger color con el Sol, gozaban arrojándose agua en la cara o corriendo en los charcos que iba dejando la lluvia o bajo los chorros de agua que descendían con fuerza desde los techos y se llevaban sus chancletas. Después los niños sacudían para que Raúl Ernesto viera, unas viejas banderas deshilachadas y rusias de Brasil, USA, Suiza y Jamaica que dejaron los extranjeros diabéticos. Con unos aparatos electrónicos en el brazo y en las nalgas, consideraron al Cayo Johnny de la Isla, como la famosa tierra neutra de Casa Blanca.

El Viento marino con olor a Pescado y por el vaho de algunos Tiburones Tigre que deambulaban por el Arrecife, a veces mezclado con aceite quemado de los motores de las Lanchas, entraba en la Casa por las ventanas de madera – fijas por un brazo metálico oxidado – y salía por arriba por los mosquiteros que estaban entre sus muros y las maderas del techo de teja. También se iba el viento por las claraboyas cuadradas que cerraba con rapidez Raúl Ernesto tirando de una cuerda cuando empezaban las lluvias de la tarde.

A veces el viento fuerte reventaba las cuerdas y la ropa lavada, anclada con ganchos plásticos, caía al suelo. Algunos sombreros también rodaban hasta la gente sentada en la esquina en unas sillas rotas junto al ruidoso parlante de fin de semana, individuos que tenía los turupes en las piernas. El parásito que molestaba a los Fotógrafos de la Mar que dormían sobre las camas de caña en el Continente.

Las hierbas aromáticas que la rodeaban la Casa debajo de la tubería que mandaba el agua a través de la Concha pálida de un Caracol Pala para no entrar a la casa la Arena blanca, mandaban también su olor por debajo de las puertas y las rendijas. La Albahaca que habían sembrado Raúl Ernesto para correr las moscas, la Sábila para el mal de estómago y la Ruda que tenían para identificar a la gente que llegaba con malas intenciones. Un olor perfumado y penetrante que a veces se mezclaba con las colas de los Pescados que quedaban en la Playa. El que poco detectaba el pueblo que quería tocar el Tiburón.

Era esa casa el hogar de Raúl Ernesto, donde la lluvia sin horario alcanzaba a mojar algunas silletas en el balcón fuera

de la casa y el tapete del baño que sacaba al Sol. Al lado de una bicicleta sin llantas y de cables de cobre. Raúl Ernesto no había podido librarse de la estática.

Raúl Ernesto tenía las paredes llenas de grandes fotografías de su familia, afiches de festivales de cine y algunos flotadores de viejos navíos que pudieron haber salvado a algún confiado. Tal vez. Algunos eran iluminados por bombillas conectadas a una batería de una camioneta que usó mucho. La amo.

Desde su habitación se veía a los vecinos de abajo no saludando a los de arriba cuando les llegaban los parientes de otro pueblo. Era la única forma de que los de abajo se sintieran importantes, ricos, poderosos y tan fuertes como la tormenta que desentejo techos y tumbo quioscos y corrió a las vendedoras ambulantes de comida Isleña. Gente que en los incendios esperaban que otros llamaran los Bomberos mientras apuntaban con sus cámaras Digital Single-Lens Réflex para fotografiar la tristeza. O ver los carbones de algunos desdichados.

La Pestaña Blanca como las hierbas de Manzanilla, Cola de Caballo y Romero que se secan en la cocina de Raúl Ernesto y sus tes

que se guardan dentro de las botellas de vidrio en la nevera, crecía sobre la ceja izquierda de Raúl Ernesto. Quería entrar con su curvatura en el ojo con el que veía menos a la Mar y por el que el lente humano se unía al aparato de las fotografías que le había comprado la abuela de Raúl. El gran invento de 1816 usado para fotografiar la Mar. Tan eficaz como el Cloro quitando los tintes que deja la orina en el sanitario.

- Fotografiar el Crepúsculo en la Isla es hermoso y tan estimulante como poner puntillas para colgar los cuadros de su escritor favorito – dijo Scott Turista 1 acomodando su cachucha de víscera larga que lo señalaba como pescador – ¡El primer plano y la línea del horizonte! Su gente. Los barcos que navegan y los fondeados. Los barrenderos vestidos de verde devolviendo la arena a la playa.
- Nunca se sabe lo que pasa con la gente que aparece allí en esas fotografías – dijo Connelly Turista 2 – aunque mantenga la apertura del diafragma lo suficientemente pequeña. Eso lo dijo ese señor Fritz Wolfe que también mencionó que no fue un buen escritor porque no fue a París.

– ¡No quiero usar una apertura de diafragma grande para aislar a la gente del fondo! – dijo Turista 1 – Todos son importantes para mí. A veces ni aparecen bañistas allá en la playa. Así esas arenas dan una sensación de tranquilidad.
– Debe ser por las banderas rojas y los Tiburones rondando buscando gente que quiera estar en paz. Y en esa fotografía de paisaje la gente no es estática – dijo Turista 2 – y el que vea la fotografía va a pensar algo errado. Por eso esos teléfonos de la Manzana agregan movimiento a las fotografías. ¡Me gustan las fotos así! Son como las casas desordenadas. Vivas. Habitadas por alguien que vive de verdad.
– No sé... No sé... dijo Turista 1 – Una vez mande imprimir unas fotos importantes pero salieron muy grandes. No había donde guardarlas. Pero al mirarlas me acordé de los imanes que mi esposa me regaló para curar la enfermedad nerviosa. Recordé lo buena que fue conmigo.
– Pero eran importantes – dijo Turista 2 – aunque a su parentela no le hayan gustado. ¡Guárdelas bien! ¡Hoy somos

distintos pero los de aquella fotografía antigua merecen respeto! Todos los que fuimos alguna vez merecen respeto. Reconocimiento. Un aplauso.

- Para algunos el importante es el Pianista y no el compositor de la Pieza Musical –dijo Turista 1 – Siempre sea el compositor mi amigo y sea como el hombre que ganó el partido de Tenis con una Raqueta de Palo allá en el Hotel…Hecho de menos a mi Madre, a mis hermanos, a mis abuelos. Y a mi Padre. Los que permanecen en silencio en las fotografías instantáneas.

La Pestaña blanca de Raúl Ernesto que muchas veces había enamorado a las Nativas en las épocas del Etílico y las melodías en un Piano viejo pero afinado, atravesaba esa pequeña cantidad de luz que entraba del atardecer de la Isla a su Cámara Fotográfica y a su ojo – ya Raúl Ernesto no usaba la vieja Leica M2 que a veces se atascaba después de haber estado en la Cuba antes de 1960 pero seguía siendo el aparato que le ganaba al cerebro viejo guardando recuerdos –, pieza fotográfica que según el manual comido y perforado por algún insecto, combinaba con la velocidad de obturación que

le gustaba a Raúl para registrar el tiempo en que avanza la vida, la apertura del diafragma que amaba Raúl por poder discriminar los que aparecen en la foto y el valor de la ISO (sigla que no era la investigación sobre lo oculto que dijo la vendedora de Pescado Frito – la joven muchacha de cabellos rojizos y piel blanca que tenía un tatuaje en su pelvis de un hijo no nato y que su marido encarcelado no aprobabò –.

Esas fotografías que toma Raúl con los tres pies de madera en la arena de la playa – usaba el trípode porque le temblaba la mano y porque no quería que lo confundieran con un principiante – y que después iban a parar a un viejo Computador con ranuras y cables – arena llena de las huellas de sus nueve Perros que jugaban con sus carreras y brincos y saltos – eran su representación artística de la Mar y la Playa que veía todos los días. <<Ojalá sea como aquellos que ve lo mismo todos los días y ve algo diferente – pensaba Raúl Ernesto – Porque no todos los días caen pedazos de cohetes a la Mar >>.

Sus fotografías de la Mar Isleña y de algunos grupos musicales eran para muchos

"fijaciones matemáticas". Muy diferentes a las de la mujer con su Minolta Xg-1 que las tomaba desde el balcón del apartamento. Vivienda que en juventud una vez fue de Raúl. Desde lo alto de ese Hotel con la Brisa en un lado de la cara y en Modo Fotográfico Automático, la Mar se ve diferente. Muy distinta. Única. También la gente y los Pescados atados con una cabuya que se ven particularmente frescos.

- ¡La Pesca llega de Outside Bank, Southend Bank, Under the Lee, Cayo Bolívar, Albuquerque y Far Bank! - dijo un hombre sentado que olía a Talco para Bebé al que la humedad le había causado hongos en la ingle y ampollas - Son Pescadores que les gusta leer. También escuchar la radio para el estado del tiempo y apostar en el Casino.
- Siempre los bañistas con sus luces y sombras de sus diminutos vestidos de baño aportan algo fotográfico - dijo Raúl Ernesto quitándose un traje de Buzo - ¿Será que las sombras de esos cuerpos moviéndose en la superficie son importantes también para los Peces que no han mordido el anzuelo?

Lo importante en la Mar era diferente para ambos fotógrafos. Su forma de exponerla por las emociones de los Pescadores que llegan al alba con los Langostinos y las Langostas y los Cangrejos, para uno fotógrafo un instante claro para el otro oscuro, para uno fotografías nítidas de esas embarcaciones pálidas con maderas astilladas teñidas con el rosado del Camarón, para el otro fotografías con bordes suaves y algo desenfocadas del Ancla oxidada y el medio tarro de Aceite con el que sacaban el agua que se metía al bote cuando el tapón quedaba flojo.

- ¡La misma Mar! – dijo Raúl – Solo en las fotografías puedo controlar lo que puede haber y lo que no.
- Los mismos hombres con las redes – dijo el hombre sentado – Desenfocados en la Cámara pero visibles. No se les suprime la existencia. O congelados en el tiempo arrojando sus redes con una velocidad rápida de la Cámara.
- ¿Sabe usted de fotografía? – dijo Raúl – ¿O es de esos que condenaron a sembrar árboles o a rezar rosarios de día y de noche?

- Toda la vida he hablado con muchos fotógrafos – dijo el hombre – Algo se aprende. Hasta resaltar algo con el fondo borroso.

Diferentes Peces y respuestas de la Cámara Fotográfica en ese momento en que ambos miraban lo mismo. Solo hubo coincidencias entre Raúl y la mujer en los excesos de luz. Querían perder con sus cámaras Contax Li detalles que le quitaban lo mágico a la Mar de San Andrés Isla. Ocultar a la gente con sus botellas de Alcohol amarillo bailando con los pervertidos que querían tocar y a las latas de los Mojitos y Piñas Coladas que quedaba en la playa con el visitante que no quería a la Mar.

La Mar les había enseñado a Raúl Ernesto y a Otalora a ajustar sus vidas con la sensibilidad que recibían de las otras personas que veían.

- Yo siempre conozco a Fritz Wolfe los 17 de agosto de cada año – dijo Raúl – Siempre llega como un hombre distinto.
- Es un gran hombre que nos enseñó que entre menos hablara mejor – dijo Otalora – Tal vez usa los principios de la Fotografía: Una sensibilidad a la luz baja para obtener fotografías de la Mar

de mejor calidad. Es posible que así haya sido durante mucho tiempo.

- ¡Evaluar si se cree conveniente! - dijo Raúl - Ambos lo decimos en aquellas noches en que amanecemos abrazados en la Playa junto a varias botellas de Cerveza llenas de arena.
- Fueron noches de besos de gran sensibilidad entre nosotros - dijo Otalora - Como la ISO 200000 que usabas cuando nos conocimos para fotografiar Delfines Negros en las noches sin Luna en la Isla.
- Trataba de fotografiar una penumbra Isleña que refresca con el agua fría llena de sales y olor a pescado - dijo Raúl para sí.
- Mañana Fritz Wolfe va a salir en bote a buscar sitios para su Cortometraje - dijo Raúl tirando fuerte de la Pestaña blanca.
- ¿Me llevará o seguirá siendo supersticioso? - dijo Otalora acomodándole la ceja y pasando suavemente su mano por la mejilla - Esos Marineros son todos unos creyentes.
- Los sitios deben ser parecidos al libro. O cercanos a donde él pueda comer la

"Pesca del Día" – dijo Raúl revisando las fotografías que se habían tomado.

– Lo único parecido aquí es el Muelle. Yo ya leí el libro – dijo Otalora – Y esas rocas llenas de Erizos son las que inspiran los peinados de los músicos de Rock que tocan en ese sótano oscuro y en el festival de la Barracuda. ¡Siempre debo usar en las fotografías de ellos una ISO muy elevada! ¡Como si tomara fotografías en los callejones oscuros de San Andrés!

Raúl Ernesto había sido muy malo para la carpintería. Aunque usaba el serrucho de su Abuelo y el taladro que le regaló su esposa, nunca logró armar nada que no se desbaratara. Siempre que probaba la fortaleza de lo que había hecho las maderas se curvaban y los clavos eran escupidos al suelo. Pero en el Ajedrez con los abuelos de la Isla, Raúl Ernesto siempre se sentaba frente a ellos y sin mover ficha les decía que ya había ganado. Se había anticipado.

– ¡Las luces de la vida varían de la misma forma que en la fotografía – dijo Otalora ofreciéndole un Café a Raúl que estaba acostado sobre una toalla en la playa y con la cabeza sobre una piedra –

A veces son de Tungsteno o fluorescentes - Ahora empezó a taparle las piernas a Raúl con arena para tener algo de que reclamar después.

- El interior nuestro siempre necesita mucha luz - dijo Raúl Ernesto frotando su colmillo de Cocodrilo que llevaba colgado en el cuello - Tan difícil como fotografiar el Sol de frente - Luego Raúl empezó a mirar a lado y lado porque le gustaban las mujeres y a ellas les gustaba mucho porque sabía acariciarlas mientras hablaban y besarlas y hacer eso dentro de la Mar. No le decían los de la Cueva de Morgan "Caballito de Mar" por nada.
- Siempre hay gente que actúan como la silueta del árbol que bloquea al Sol y uno no puede mostrar su luz - dijo Otalora viendo que Raúl seguía acostado feliz con su "Caldo de Ojo" y aguantando la orina para que él no fuera a tocar el costado de las mujeres del Llano que repartían cerveza junto a ellos.
- Podemos tomar siempre fotografías desde este sitio - dijo Raúl Ernesto leyendo en el periódico del Continente que en el Hotel no mataron ratas si no

gente - Como hicieron los pintores en la época de los barcos de vapor.

- ¿Ver cambiar ese pedazo de playa con el tiempo? ¿Reducir el mundo acuático? - dijo Otalora viendo el pronóstico de la temporada de lluvias y huracanes y pensando que Raúl era un hijo de puta igual que los otros hombres que había tenido montados en su motocicleta - Eso es seguir pensando que esto no se va a acabar. Que su camioneta no va a fallar con el tiempo o por el óxido. Que su cama no se va a romper por sus jadeos. ¡Es imposible que nadie intente robar su cámara!
- ¿Por qué no tuvimos más hijos? - dijo Raúl Ernesto mirando al "Conejo" con medias que acababa de llegar a la Playa.
- Mi Mamita dijo - respondió Otalora - Que los hijos de mi Hermana de diferente proveedor ya contaban y era suficiente. También me aconsejó que usted me debía comprar todos los muebles y objetos de la cocina nuevos, si nos íbamos a vivir juntos.
- Una mujer muy sabia - dijo Raúl Ernesto pensando en que los avíos para el Colegio ya habían terminado y que sería bueno que existiera un carrito que

llevara verduras por los barrios y que el sudor de la gene no quedara en las telas de la fotografía – Seguramente también participa en la serie de zambullidas para encontrar posibles tesoros ocultos.

El "Hoyo Soplador" que tanto tiempo había respirado estaba sin aliento. Tal vez las Tiendas de recuerdos lo había sofocado con sus precios o la Mar había decidido corroer otras rocas. A veces el cemento que dejan los huracanes y que desprenden de esas edificaciones feas de la gente que vive en New Hope. Aunque todo esto pasara, Raúl Ernesto seguía guardando sus fotografías en su pequeño álbum y sus quemaduras en la ingle que calmaba con cremas y talco seguirían siendo para las mujeres cariñosas de la Isla, una infección desconocida. Contagiosa.

– Cuando un gato deambula por una casa que ha estado vacía es buena señal ...los vecinos no han echado veneno – dijo Raúl Ernesto mirando la casa de Jane la modista que le hacia las camisas manga corta.
– ¡Maldito gato! ...se defecó en las redes ...eso es buena señal – dijo Gregorio.

- Seguramente los Peces detectarán el olor y podré fotografiarlos - dijo Raúl pensando en la luz intensa del Sol.
- Eso es más difícil que las fotografías meteorológicas que usted toma - dijo Gregorio - Esos nubarrones de tormenta de Octubre, Noviembre y Diciembre no dejan pescar y a veces la niebla densa en los Manglares dispersa la luz con el vapor y a usted se le dificultan las fotografías.
- Mis fotografías siempre quieren contar algo -dijo Raúl - por eso le digo que estudia Geometría con el libro de Baldor. Así con el arte que cada uno tiene adentro podemos contar algo sobre la Mar.
- ¿" Contar algo" aprendiendo la geometría plana y del espacio? - dijo Gregorio con la cara de espanto que tuvo en el Colegio.
- ¡Es la Composición! Mi amigo - dijo Raúl - ahora que no la pasamos en la playa buscando qué fotografiar. ¡Solo son reglas prácticas que tenemos que seguir como hicieron en Mesopotamia! Allá la gente se sentaba junto al Tigris y al Éufrates a ver correr el agua. A veces veía peces y hoy a veces ven Turcos.

- Eso de los Babilonios ya lo sabía - dijo Gregorio - Lo dijeron el domingo antes de la rifa de la Cabeza de la Lechona en el Bazar. Algo de la cantidad de días y la longitud de la rueda. Yo que fui Albañil todavía recuerdo el uso de la Plomada.
- La Mar en calma se parece a una Recta Geométrica de la que no podemos ver sus límites - dijo Raúl girando la cabeza a la izquierda y a la derecha - pero es una dimensión que a veces no dura para las fotografías.
- Eso de conocer el largo y el ancho de la Mar es difícil - dijo Gregorio - Yo he navegado buscando su fin pero me quedo sin Gasolina. Y me toca gastar el dinero que era para las mujeres. Hasta el de mi Padre que tengo que pagar para que no la boten en la fosa común después de partir sus huesos con una barra. Eso hacen en muchas partes.
- ¿Le cobran por el mantenimiento de la lápida? ¿Por echarle agua y cepillo? - dijo Raúl Ernesto - A lo mejor ni flores le colocan. Otros restos del montón semanal. Usted le pagó las pompas fúnebres en el afamado Sunshine Funeral Home. Yo fui a tomar unas

fotografías del entierro allá al Barrio Obrero.

- La Mar hace olvidar el dolor – dijo Gregorio – Esas fotografías de las caras de la gente que fue me recuerdan el día.
- Ya no hago fotografía funeraria – dijo Raúl Ernesto – Solo fue cuando había mucha competencia. Siempre me pedían fotografías 20x25 cm. En vida los parientes del difunto solo me pedían 10x15 cm.
- ¿Usted fue Biólogo Marino antes de ser Fotógrafo? – dijo Gregorio mirándolo de lado – ¿Si le quedaron al menos cicatrices y marcas de la Mar en la piel?
- En esa época supe tanto de la Mar que me indigestaba la billetera y de ello se da uno cuenta después de unas cuantas décadas – dijo Raúl Ernesto – El mundo marino se ve distinto y los que estuvieron conmigo no me miran ni me huelen y tal vez ya no estén vivos. El título que tuve todavía sabe rico y se escucha bien y se ve con un poco de polvo. Pero ahora a veces me ponen una sonda para orinar y bajar la hinchazón de la próstata. Muchas cosas ya no son igual que antes.

- Esas profesiones se parecen a esas mujeres que por un dinero quieren masturbarme – dijo Gregorio – Eso lo puedo hacer yo en la casa.
- También los hombres andan en eso acá en la Isla – dijo Raúl Ernesto – Así se gana más dinero que con la pesca o martillando carpas.
- ¿Por qué a la Mar le toma fotografías horizontales y a la gente que llega de la Pesca verticales? – dijo Gregorio.
- La orientación depende de lo que yo considero "importante" – dijo Raúl Ernesto – La fotografía siempre debe tener sentido en añadir o quitar elementos y la posición hace eso.
- Mi mujer estrenó un buzo azul cuando fue con el novio a Panamá y sudó como burro y llamó y dijo que cuando se lo quitaron tenía hasta las axilas azules – dijo Gregorio riéndose y sintonizando una estación musical en la radio con los éxitos del momento – Al pobre novio le tocó darle estropajo verticalmente antes de tomarle fotografías en la playa sobre un caballo. Lo bueno es que me trajo unas Cañas de Pescar.
- Si "Peyo" el Belga estuviera vivo habría estado feliz con su historieta humana –

dijo Raúl Ernesto riéndose y luego tarareando un ritmo Cubano de 1950 para luego pensar que en su sangre esta la solución a las enfermedades - hubiera tomado una fotografía vertical para incluir más de ese paisaje romántico. También le daría las gracias al falsificador de Thommi. Debió comprarle allá en la tienda del letrero verde pero usted es muy tacaño Gregorio y fue y le regaló un Tony en San Luis.

- ¡No soy tacaño! ¡Chismoso sí! ¡Me gusta pescar, sí! ¡Y ver el futbol en la televisión! - dijo Gregorio tomando un trago de Wiskey del más barato que venden en la Isla - La otra vez le pague la reparación de las piernas que se partió cuando saltó la tapia de la casa del novio al escuchar a la esposa. Ya le habían sacado las fotografías de la infidelidad el detective. Luego casi pasa a la fotografía funeraria cuando tomó veneno por amor y a la fotografía de producto que alegraba a los de la floristería con su nuevo invento de las coronas mortuorias.
- ¡Usted es como un "Conejo" Gregorio - dijo Raúl Ernesto dándole unos Patacones de Plátano rayado que parecían

Cocadas y después tomando unas vitaminas que mandaban del extranjero – Se sienta a pescar para no hacer nada y no herir a nadie pero no se libra que lo maltraten.

– A lo mejor deba hacer como usted eso de la apnea – dijo Gregorio – Dejar de Respirar y hacer Apnea corta, apnea mediana, apnea profunda, pero no Apnea Total. El Control respiratorio voluntario que hace cuando usted toma fotografías: 30 segundos, un largo minuto, 2:30 controlados, 4:10 relajado, cinco y pico ...Poco a poco, entenderlo, lograrlo, sentirlo y disfrutarlo como cuando de bucea.

– Pero no Apnea del sueño, ni soñar con la apnea – dijo Raúl Ernesto – También aceptar que el bolsillo lo vemos roto y resulta que siempre estuvo así. Nos tocará meter las manos y disfrutar rascándonos.

– Mi mujer me traiciona porque me pusieron sonda por dificultades prostáticas y después que me la retiraron – dijo Gregorio – no quedó como antes. Dizque tomando medicamento para que se desinflame un poco para que conductos no se sientan ahorcados. Pero la catarata

blanca de siempre ya no se ve, ni siquiera un chorrito.

- Usted ya tiene casi 90 años y siempre anda empezando negocios – dijo Raúl Ernesto – Mientras lo haga seguirá respirando el aire de esta Isla.
- Todo está cambiando – dijo Gregorio – Ya ni a las muchachas jóvenes las contratan en la Pesquería por estar en edad fértil o con hijos que no caminen y los deportistas no pueden vivir sin pastillas para el dolor. Una fotografía de un momento así con una cámara Mirroles sería extraordinaria. Siempre hay algo detrás.
- Algunos los botan dentro de una caja y a otros los sientan a manejar carro de lujo – dijo Raúl Ernesto.

La vida pasaba lentamente para algunos en la Isla. Para otros en forma muy rápida. Algunos se la pasaban pegando en los vidrios su nombre en otros idiomas o coleccionando afiches de películas famosas. También había días para Raúl Ernesto.

Hubo un día hacia finales de Septiembre – cuando la Mar era algo caliente en las tardes – en que en la mañana un bote golpeó su pie contra el muelle partiéndole uno de

los dedos, en la tarde fue atropellado por una motocicleta que iba por un andén con las Empanadas de Cangrejo ya con color y en la noche su bote fue golpeado por otro, un aficionado con la luz de navegación rota que quería hacer sonreír a unas muchachas.

En su casa, los Imanes De Neodimio sujetaban contra las cosas de metal que estaban dispersas fotografías familiares tomadas por gente que iba pasando, direcciones de algunos negocios y unas recetas médicas. En otra época esos Imanes de los que se esperaba encendieran bombillos, trataron de salvar a Pepo con su magnetismo, no de su afición por las Carreras de Caballos de los sábados en la Isla si no de la pelota cancerosa que se había metido en su cabeza. No de aquellas del color de la pestaña de Raúl Ernesto o de las que volaban en el Wellingworth May. Imanes que fueron un regalo de su esposa para que salvara a su mejor amigo de esos movimientos violentos que separan la espuma de los mares y los convierten en lagos salobres sin vida.

Raúl Ernesto siempre decía cuando se creía Oceanógrafo que el estadio de los "Peloteros" Erwin O'Neil podría ser tan

grande como la Plataforma Continental de Europa. Aseguraba que muchos de esos muchachos habían emergido de sitios con sismos y volcanes y que se van volviendo famosos y muy activos como el Mar Báltico a medida que avanzan hacia la depresión marina del Polo Norte.

Dicen los "Yuqueros" del extranjero que esos lentos movimientos de pelota de Raúl Ernesto pero de "Mandurrio", se mueven hasta las bocas estrechas que dejaron atrás, fotografías antiguas de personas cansadas de pedir comida al Gobierno en los mismos platos estampados que tienen los vecinos. Los azules. ¡Esos políticos son "Manducos"! decía algunas veces Raúl Ernesto.

– ¿Esos triángulos que hace con la mano cuando mira la Mar es para que en la fotografía no salga un caos disperso y desorganizado? – dijo Sexta Robinson Hooker pensando en los triángulos que se formaban con las caras de esos tres hombres pulcros que fotografiaba Raúl Ernesto. Ella leía en vez de gastar dinero en bus y comida hiendo a la Universidad. No quería que le dijeran lo mismo que había leído.

- A veces miro Edificios en la Isla y pienso en triángulos invertidos que les puedo dar la apariencia de estar en movimiento- - dijo Raúl Ernesto recordando que las cocinas siempre quedan fuera de la fotografía de las casas - O pienso en un cuadrado y en los triángulos áureos que hay dentro de él.
- Aquí dicen que la mar tiene un Circulo Cromático de 7 colores - dijo Sexta - La Mar y el Sol producen infinitos tonos.
- Los del Tour le dicen eso a la gente que aplaude para que lleguen Peces de colores poco llamativos que la Mar es una Paleta de Colores naturales. Tal vez compitiendo con la gente del Río de los 6 colores que dicen algo parecido - dijo Raúl Ernesto pensando en las perturbaciones que crean esos colores en las fotografías - Después parecen Físicos hablando de longitudes de onda de los Tonos de la Mar.
- Yo una vez viajé a la Capital a estudiar fotografía - dijo Sexta - pero llamaba por teléfono a contar mis preocupaciones y tuve que volver. En mi oscura vida de temores los azules y los verdes se volvieron más brillantes.
- ¿Eso que significa? - dijo Raúl Ernesto.

- Que uno sueña con salir de la Isla y al llegar a donde se quería ir no es igual a la ilusión – dijo Sexta – Algo así como los conos y bastones del ojo y los sensores de las cámaras. Lo que se ve y lo que se fotografía puede que no sea igual.
- Sus temores a lo desconocido, miedo a la soledad y paranoia con la gente que la rodeaba fueron como el color dominante que uno deja en las fotografías – dijo Raúl Ernesto – le quitaron fuerza a su vida.
- Sí – dijo Sexta colocando las manos en posición de agarrar un caballo a pelo en las carreras de 600 metros que hacen en Providencia – Nuevamente mis trastornos obsesivos me trajeron al Reinado Internacional del Coco, al Green Moon Festival, al Festival de Teatro Ethnic Roots y al Festival de Cine Seaflower.
- Podría tomar buenas fotografías ahí – dijo Raúl Ernesto ofreciéndole algo de Chancho que había cocido con jugo de Piña según la receta de su Mamá – Como la de ese niño de Providencia que estaba acostado durmiendo en el piso sobre un dibujo hecho con tiza de su mamá. A veces

las fotografías son como esas novelas muy cortas que escribía Fritz Wolfe.

- ¡No puedo comer grasa! - dijo Sexta - Tengo algo en la vesícula pero si le recibo algo de esa sopa de avena. ¡Tampoco me gustan las zanahorias! ¡Por favor no haga ruido al comer!
- Le puedo ofrecer un poco de Miel - dijo Raúl Ernesto - Viene de la montaña en Santander, de las colmenas que eran de mi abuelo en Santa Catalina.
- ¿Dónde está su Mamá y su Papá? - dijo Sexta.
- Murieron hace mucho - dijo Raúl Ernesto - A veces veo fotografías de ellos para recordarlos.
- ¿Desaparecen las personas en la mente? - dijo Sexta - ¿No hay otra forma de recordarlos que no sean las fotografías?
- Cuando el tiempo pasa solo las fotografías logran eso - dijo Raúl Ernesto - Con una fotografía se evita la tristeza al recordar que ya no están. Solo es importante el momento que quedó en la fotografía. Solo esa fijación de la luz.
- ¡Las fotografías son como libros que ya le leyeron que esperan ser otra vez

leídos hasta que sus páginas se vuelvan polvo! – dijo Sexta – Y no cobran la tarifa plena con puñal como hacen algunas mujeres deshonestas y taxistas.

– Las fotografías son importantes si de ellas se adquiere disciplina como en la vida de las barracas y se acepta la realidad que le tocó vivir a la persona – dijo Raúl Ernesto – También si se les reconoce su valor de lo que se considera importante y necesario. A menos que en ellas salga alguien que se esconda.

Raúl Ernesto recorría la Isla tres veces a la semana aunque habían aumentado los asesinatos de los Pescadores. Lo hacía siempre con sus zapatos azules y su mochila en la que llevaba una bolsa de pan y algo de agua. No pensaba en los 700 Km que lo alejaban del Continente pero si en el reporte del clima que había escuchado en la mañana de boca de los vendedores de cerámica.

Algunos días fotografiaba en North End (Punta Norte), otros días se encontraba con amigos que fotografiaba en Rock Shore, San Luis y The Hill y al final de la semana en estaba en Cove, Smith Channel y South End. Siempre sabía cómo en los 26 Km2 se podía

tomar alguna fotografía. Y a fin de mes iba a los Cayos del Norte – Serrana, Serranilla, Quitasueño – o a los Cayos del Sur – Albuquerque, Bolívar – donde podía en silencio escribir un libro con sus fotografías. Porque Raúl Ernesto quiso alguna vez ser escritor de Na-Ka-Ha, el guerrero Apache cuya figurita de plástico le había regalado su Madre cuando no entendía nada del proceder cruel de los Chiricauas y los Coyoteros.

También le gustaba a Raúl Ernesto buscar dos veces al año, caminos para cruzar de Sur a Norte la Isla, por una pequeña Serranía hasta su cima en el Cerro La Loma. Por el camino donde muchos aplicaban el anticorrosivo cuando trataron de cambiar las casas de madera de los colonos. Tan difícil como tallar el Marfil. Eso era parecido a la Calle de los Bazares en el Cairo donde algunos de los Tejedores de Techos de Palma abombados ahora eran comerciantes y otros soñaban después de ver la televisión construir templos como los de Karnak sin haber ido a Egipto.

85 m de altitud era lo más alto que él podía tomar fotografías de la Mar, de la

Isla y de la Gente. Porque la Isla se le parecía a esos fiordos que aparecen en Alaska. Una forma de darle vida a su cámara en desuso. Raúl Ernesto había dejado que la Mar y la Isla vivieran, cambiaran y ellas, lo dejaron a él vivir también. Y tener familia y vivir con ellos feliz, algunas veces. Con la pestaña blanca que le decían era un pelo de Chancho.

- ¿A qué han venido a la Isla? - dijo Raúl Ernesto a un grupo de jóvenes turistas que se habían quedado varados por gasolina en la vía hacia el Sur con sus botellas de agua en la mano.
- ¡En busca de nuevas aventuras! - dijeron saltando y abrazándose - ¿Y usted que hace?
- Yo tomo fotografías. Siempre lo he hecho - dijo Raúl Ernesto.
- ¿Bajo el Mar? - dijeron - Siempre quisimos ser buzos. Algunos no sabemos nadar ni chapalear.
- ¡Esas serían fotografías falsas! - dijo Raúl Ernesto mostrando una cara de desaprobación y desagrado - ¡La vida no necesita de la fantasía! ¡Ya la tiene! Y si no saben flotar al menos, se van a ahogar.

- Señor – dijeron – Ahora está de moda lo falso. Tampoco el matrimonio está de moda, dijo una muchacha de poca ropa. Para eso son los "Trailers" y si uno no está de acuerdo con esos videos cortos no lo toma, dijo un pequeño grupo a la izquierda. Tampoco se compra la foto, dijo la chaperona que quería volver a su juventud. ¿Para qué un largometraje si se puede ver un cortometraje?, dijo un muchacho que parecía estudioso por sus anteojos y su cabello circular.
- Aquí en la Isla hay una tienda de "Muñecos de Fantasía" desde que se inventaron – dijo Raúl Ernesto recordando un regalo que le habían hecho pero que había sido pagado por su Padre – ¡Les va a gustar! O pueden esperar 40 años a que su pareja de sentimientos confusos les diga que son los únicos que saben que su sexo les va a funcionar sin tomar Miel.
- Nos gusta más vivir en la fantasía, Señor – dijeron los visitantes consultando la hora en sus relojes Casio.
- Es como mirar ese afiche en la tienda de al lado del Hotel con la mujer en ropa interior y soñar con ella y hacer una

vida con ella sin pensar como ella es - dijo Raúl Ernesto escuchado como sonaban los martillazos de los que colocaban el piso sobre el piso.

- Preferimos leer Novelas Policiacas - dijeron otros acomodándose en unas sillas rotas que brillaban con el Sol - Nos gusta la fantasía pero sabemos lo que hay en el Pueblo. Además se aprende a besar, a votar y a no embarazar.
- ¡Lo mejor en la vida es usar la ropa vieja! - dijo Raúl Ernesto dando por terminada la conversación y retomando lo que estaba haciendo y pensando que era un hombre honesto y que cuando muriera dijeran que fue un fotógrafo honesto y trabajador y pobre que le gustaba leer y que por eso pedía libros prestados y que a veces olvidaba a propósito lo que había fotografiado de la gente y que no olvidaba como hacían los videos los de la sotana con los huérfanos.
- ¡También tener ahorros para esos días difíciles! - dijo un hombre que estaba sentado bajo una Palma fumando tabaco.
- ¿Escucho lo de la fantasía? - dijo Raúl Ernesto.
- Fantasía es registrar como marca comercial el nombre que nos dieron

nuestros padres – dijo el hombre sentado junto a una pila de abono chupando una bocanada de humo y comprobando si todavía tenía su billetera con toda su vida en las fotografías de adentro – Un nombre feo no necesita eso. Juan McNish es un nombre bonito. Hay muchos Juan McNish que les sudan las manos.

– Hombre sabio, ¿Qué hace aquí? – dijo Raúl

– Ernesto rascándose la quijada por donde comenzaba a emerger la barba.

– Espero el bus que lleva gratis a la moza del chofer – dijo el hombre empacando sus cosas en una mochila plástica y acomodándose su sombrero de Pescador, su camisa con los tres botones de abajo sueltos y su pantaloneta amarilla con dos líneas blancas en los costados – Luego voy a tomar aceite de Oliva con Limón para botar unos cálculos. Después voy a contar billetes para ver si tengo lo del arriendo. Y parar porque el día se acabó.

– Usted tiene un poder que poseen pocos y sabe negociar con la vida – dijo Raúl Ernesto apretando el obturador de su Cámara.

- Menos mal usted no es un profesor de esos que saben mucho – dijo el hombre – Es difícil hablar con gente así.
- Tengo fotografías de mucha gente – dijo Raúl Ernesto recibiendo nuevamente la brisa de la Mar – La cámara solo logra preservar algunos gestos y muecas pero no la forma de ser de la gente.
- Se aprende en la casa señor Fotógrafo – dijo el hombre que dejaba salir a los Pollos que tenía en su lote a buscar comida en el concreto y asustaban a la mujer nerviosa que le enterraba las uñas a su marido – El día que sus hijos que crio lo traicionen.

Las noches eran tranquilas. Raúl Ernesto disfrutaba de su almohada y de refregar sus pies sobre la sábana. Dormía de lado desde la epidemia que casi lo mata. También tenía una lampara roja que parecía un brazo sobre una mesa de noche llena de libros metidos en bolsas. Algunas bolsas tenían esos sobres de sales que atrapan la humedad de la Mar. Unos lápices esperaban que él se interesara por algunas frases que estaban en los libros. Siempre el sueño llegaba antes y la alergia de las cejas a veces aparecía. Esto lo hacia olvidarse de su

Pestaña Blanca y del cansancio de mantener el Sol fuera del encuadre.

Raúl Ernesto durante sus años en la Isla siempre buscó la Proporción Correcta en sus fotografías. Nunca quiso incluirse en ellas ni asistir a fiestas infantiles porque eran impredecibles. Mamás diciendo que solo habían tenido cuerpos pero no podían moldear el sabor de los corazones. Tampoco huyó de las fotografías en San Andrés Port Society donde los motivos de los hombres producen formas extrañas dentro de los colores fríos. La Mar era una atmosfera fotográfica tranquila, fría y solitaria que le gustaba.

Decía que la vida en la Isla debería ser fotografiada en primeros planos. Como cuando paran las motocicletas para que la gente cruce la vía. A veces también era necesario un Zoom de la gente que vende fruta en las esquinas y los famosos "Emparedados" cerca de los muelles que costaban 1/10 de un almuerzo "Corrientazo" con pollo.